

colección rúbrica



FERNANDO SORIA LABORDA



CUENTOS DE VIENTO,
AMOR Y MAR

esstudio
ediciones



Cuentos de viento, amor y mar



La alfombra de Poseidón

El carro de Poseidón surcaba los arrecifes a toda velocidad. Los delfines tiraban de él con una fuerza arrolladora y la estructura, compuesta por una gran tortuga, defendía al dios de la corriente generada por el galope de los cetáceos. ¿Pero quién protegía los pies de la deidad?

Era un ser modesto que apenas llamaba la atención. No destacaba por su color, ni mucho menos por su belleza; su gran virtud residía en su forma y elasticidad: era una mantarraya.

Un día, uno de los grandes delfines que lideraba el tiro le preguntó:

—¿Cómo te sientes entre nosotros?

—Bien, cumplo con mi trabajo de sostén de Poseidón.

—¿Y no te desagrada tu función?

—No, ¿por qué lo dices?

—Tu labor consiste en ser pisada. ¿No te parece humillante?

La pregunta provocó la risa del resto del grupo. La mantarraya, avergonzada, intentó huir, pero la velocidad de sus compañeros era superior y fue golpeada repetidamente por las colas de los cetáceos.

Logró escapar ocultándose en una cueva. Tras un tiempo escondida, decidió abandonar el arrecife y alejarse del séquito olímpico. Nadó hacia las llanuras de alta mar, donde la arena domina el fondo, ideal para camuflarse y desaparecer.

Al día siguiente, Poseidón reunió a su cortejo. Al notar la ausencia de la mantarraya, interrogó a los demás, pero nadie admitió saber su paradero ni se atrevió a confesar lo sucedido.

El dios intentó ignorar la falta del pez fugado y subió al carruaje. Sin embargo, la comodidad ya no era la misma al tener que flotar. Espoleó a los delfines, que aceleraron entre las rocas, pero los escombros del arrecife hirieron los pies del olímpico con tal gravedad que se vio obligado a detener la marcha.

La frustración del dios se hizo patente y comenzó a interrogar con dureza a los culpables. La presión dio sus frutos y los delfines confesaron el acoso.

Poseidón ordenó de inmediato a los agresores que la buscaran, exigiendo que le pidieran perdón, y les prohibió regresar hasta encontrarla.

Tardaron días en dar con ella porque insistieron en buscar en el arrecife, sin éxito. Solo cuando decidieron explorar la llanura arenosa lograron divisarla. La mantarraya, al verlos, huyó a máxima velocidad, pero el ímpetu de los cetáceos era imponente y enseguida la acorralaron:

—¡Espera, no queremos hacerte daño!

—No os creo.

—Es verdad. En este momento podríamos haberte embestido o golpeado con la cola, y no lo hemos hecho.

—¿Qué os ha motivado a cambiar de opinión? —preguntó ella, desconfiada.

—Poseidón intentó marchar sin ti y le fue imposible; se ha herido mucho los pies. Nos ordenó buscarte y no regresar sin tu presencia. Tu ausencia nos ha hecho conscientes de la importancia de tu labor. Por ese motivo, te pedimos perdón.

La mantarraya se sintió valorada y fue capaz de disculpar a sus agresores. Los escoltó de vuelta ante Poseidón, quien la recibió con estas palabras:

—Eres imprescindible para mi carruaje. Por esa razón, pídemelo lo que desees para que te quedes a mi lado.

—Mi señor, solo quiero respeto y el derecho a defenderme.

—Al que te falte al respeto, lo expulsaré de mi corte —sentenció el dios—. Y para demostrarte mi buena fe,

te otorgaré un aguijón para que puedas repeler cualquier agresión.

Desde entonces, la alfombra de Poseidón jamás volvió a faltar en el carro del dios.

• • • •

Moraleja

Ninguna tarea, por discreta o humilde que parezca, carece de importancia. Quienes se jactan de su propia grandeza a menudo ignoran que su éxito depende del esfuerzo silencioso de los demás. El verdadero respeto nace de reconocer el valor de cada integrante, pues el miembro más modesto puede resultar ser el soporte más indispensable.



La Luna y el lobo

Hace muchos años, cuando los hielos y la nieve ocupaban grandes extensiones en la Tierra, vivía un lobo imponente y temible llamado Hocico Negro. Su fiera era tal que despertaba el temor en su propio clan.

Un día, acuciada por el hambre, la manada organizó una gran batida de caza. Todos los integrantes aptos partieron con el propósito de abatir una gran presa, dejando atrás únicamente a los cachorros al amparo de una cuidadora.

Marcharon durante varios kilómetros entre la espesura helada, hasta que un rastreador dio con la huella de